

marco de los estudios de la literatura de tipo tradicional, en general, y del Romancero, en particular.

ANTONIO CAJERO
El Colegio de México

ANTONIO RUBIAL GARCÍA, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*. Taurus, México, 2005.

Quien se ocupe en leer con detenimiento el *Diario de sucesos notables* de la Ciudad de México llevado por el presbítero Antonio de Robles entre 1665 y 1703 quizás se sorprenda al descubrir la facilidad con que en el siglo xvii la gente se caía muerta, en cualquier parte y en cualquier momento, y sin dar aviso. Vayan de muestra las siguientes entradas: 25 de abril de 1675: “a la oración se cayó muerto un hombre vizcaíno en la puerta del conde de Santiago”. 29 de octubre de 1685: “vino nueva a las siete de la noche, de haberse caído muerto en San Agustín de las Cuevas el capitán José Retes”. 4 de marzo de 1687: “se cayó muerto en el Carmen un mulato, confesándose”. 2 de diciembre de 1702: “estando bailando una mujer, se cayó muerta”.

Y así, a lo largo de ese interesante documento que es el *Diario* de Robles, podemos encontrar centenares más de ejemplos, algunos no mayores que una escueta frase, otros tremendamente circunstanciados, en los que el protagonismo de la muerte –individual o colectiva, natural o violenta, edificante u horrorosa, ilustre o anónima– da la impresión de ser uno de los principales rasgos de la vida de los habitantes del México barroco. La existencia y sus gozos parecen, en este y otros testimonios de la época, más bien la excepción que la regla, una carrera breve y ruidosa cuyo pronto final se aguarda y aún se desea, como el anochecer y el sueño reparador que lo acompaña; el final no lo es en realidad, sino el tránsito a un estado diferente y natural, el de los muertos, no divorciado, sino en comunicación frecuente con el de los vivos. Esa familiaridad con la muerte es uno de los muchos síntomas de la distancia prácticamente insuperable que nos separa a los longevos mujeres y hombres del siglo xxi, hijos de la medicina, la educación y el consumo modernos, del universo mental de quienes vivieron en los tiempos de sor Juana Inés de la Cruz. Y es también la medida del elevado grado de dificultad que encierra escribir la historia de la vida cotidiana, un reto que ha enfrentado exitosamente Antonio Rubial García, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en cuyos cursos y seminarios cientos de alumnos suyos hemos tenido la oportunidad de atisbar una Nueva España como la que se retrata en las páginas de su libro *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*.

En efecto, nada es más engañoso que la supuesta y fácil cercanía del pasado: nos atrae por la vía de los sentimientos y de los sentidos, haciéndonos suponer que quienes nos precedieron se amaron y odiaron, o percibieron el mundo exterior como nosotros; también nos atrae por la vía del intelecto, haciéndonos pensar que en las ideas y creencias de los antepasados se halla el origen remoto de las nuestras. Pero cuando nos acercamos a él, la ilusión se desvanece: los afectos tienen otras formas, otros matices que hoy rechazaríamos; los gustos del pasado, el sentido del humor, los modales, los pasatiempos, nos parecen incomprensibles; del mismo modo, el pensamiento de otras épocas resulta ser consecuencia de un sistema del mundo diametralmente opuesto al que tenemos.

Por si fuera poco, descubrimos que los documentos de los que dependemos para conocer el día a día de otros tiempos, especialmente los más lejanos, no son retratos exactos, fieles u objetivos, en el sentido mecánico que nuestra percepción, educada por la fotografía, el cine y el video, otorga a estos conceptos. No importa cuán fragmentarios o detallados sean estos testimonios, se trata de impresiones subjetivas que responden a los intereses, las intenciones, la capacidad narrativa, los prejuicios de quienes con la pluma o los pinceles plasmaron una interpretación de la realidad, dejando cosas fuera, incluyendo otras, reordenándolas según su saber y entender, e incluso completando aquello que no conocían o estaba más allá de su alcance. ¿Estamos privados por todo lo anterior de conocer en absoluto la vida diaria, la mentalidad de otros tiempos? No por cierto: como explica Robert Darnton en su clásico libro *La gran matanza de gatos y otros episodios de historia cultural francesa*, es precisamente la “percepción de la distancia” respecto del pasado, expresada en lo que nos resulta incomprensible de una cultura, pero que sospechamos como “particularmente significativo”, lo que nos puede ayudar a descifrar su olvidado “sistema de significados”. Sin renunciar al examen crítico de la proveniencia y características de nuestras fuentes, podemos suponer que se trata de expresiones de un “idioma general” que es, según Darnton, la forma en que una cultura “clasifica” las sensaciones y entiende el sentido de las cosas, y cuya recuperación, aunque sea parcial, podemos ensayar.

Esto es puntualmente lo que ocurre en el libro de Antonio Rubial que se reseña aquí. Examinando de cerca su contenido, descubrimos un riguroso orden que permite a su viaje por la cotidianidad discurrir constantemente y con naturalidad, desde la más amplia panorámica de una época hasta los acontecimientos fugaces que construyen la interioridad o, siguiendo la explicación del propio autor, desde “el complejo entramado social” en que se inserta el individuo, hasta los “referentes afectivos” que lo conectan con un caleidoscópico “mundo simbólico común”. El recorrido se inicia con una vista de pájaro del soberbio escenario natural y urbano de la Ciudad de México en

el siglo xvii, tras de la cual, y de sobrepasar la barrera del discurso criollo que hacía de ésta la Urbe, la Nueva Roma del Nuevo Mundo, expone la problemática de una población multiétnica, en que culturas diversas debieron aprender a vivir según las reglas de un orden en el que la realidad no siempre se correspondía con la letra. Afinando su lente, el historiador escudriña enseguida la estructura del organismo urbano, sus calles, barrios y plazas, y ejemplifica la forma en que la existencia de los individuos, sin importar su nivel social, transcurría casi totalmente en los espacios públicos, en un tiempo en que aún no se inventaba ese elemento esencial de nuestra vida cotidiana actual llamado privacidad. Es por ello, nos explica, que tanto los rituales que ordenaban el tiempo y la vida de las personas, como los acontecimientos que amenazaban la convivencia social, como la violencia y las sublevaciones, tenían lugar en el vasto teatro de la ciudad.

En tercer lugar, reciben su atención las diversas sociabilidades que hallaron acomodo en el espacio urbano. Por una parte encuentra las que congregaban a las élites y su cultura: nos habla así de los “señores de la tierra”, esto es, de los comerciantes, los aristócratas y los burócratas, y de su estilo de vida. Al lado de estas privilegiadas sociabilidades locales descuella una trasplantada: la corte virreinal, con su efímero aparato de gloria mundana y sus apasionantes leyes no escritas. Dejando atrás a los privilegiados, se aboca a la existencia difícil de las capas inferiores de la sociedad —desde los profesionales educados y los artesanos hasta los marginados—, cuya vida resulta bien simbolizada por un espacio habitacional y de convivencia social que sobrevivió hasta avanzado el siglo xx: la vecindad. Se cierra esta sección del libro con una incursión en un mundo cuya presencia, no por ser invisible, era menos real para las personas de esa época: el de las creencias acerca de vida y muerte, religión y magia, salud y enfermedad, cuyo poder era tan grande como para unir en unas mismas prácticas a aquellos que por nacimiento, condición y antecedentes culturales debían encontrarse en extremos distantes de la escala social.

El último capítulo del libro se reserva a develar los múltiples rostros de la institución asociada por excelencia en nuestra historia con la época virreinal, pese a lo cual es, debido a los prejuicios ideológicos, una de las menos comprendidas: la Iglesia. De mano del autor se descubre la compleja organización del estamento eclesiástico novohispano, su influencia en todos los órdenes de la vida, desde la economía y la asistencia social hasta la educación y la cultura, y la precisa correspondencia que ello tuvo en el espacio urbano. Dentro de la Iglesia tuvieron cabida muchos estilos de vida distintos: la mundana de los clérigos seculares; la comunitaria de las órdenes masculinas, oscilante entre el relajamiento y el ascetismo; la de los políticos e intelectuales de los sectores privilegiados del clero; y finalmente, la oculta y, para muchos desde entonces, fascinante de las monjas.

Por sí sola la estructura del libro resulta ejemplar en el tratamiento de un tema como la historia de la vida cotidiana, pero una justa apreciación de sus cualidades no puede detenerse allí. Para empezar, es necesario referirse a la manera en que *Monjas, cortesanos y plebeyos* ha tomado forma. Lector de olfato avezado, el trabajo con fuentes primarias ha deparado a Antonio Rubial a lo largo de los años gratas sorpresas en testimonios sobre la vida diaria y las mentalidades que quizás no habrían llamado la atención de otro investigador, pero que en sus manos se convierten en auténticas perlas, ahora engarzadas en su texto. Con la misma habilidad, sabe extraer la savia de lo cotidiano de géneros de la literatura novohispana aparentemente áridos y acartonados como la crónica provincial, el sermón, la hagiografía y los manuales devocionales. Así, en los severos mandamientos de los arzobispos halla materia para develar, más allá de las rejas de coro y locutorio, el peculiar mundillo de diversiones de las religiosas dentro de sus conventos, y la historia de las ejemplares vidas de los sacerdotes de la congregación del Oratorio le sirve para hablarnos de las relajadas costumbres de los clérigos, asistentes asiduos a las casas de juego, el teatro y otros nocturnos y clandestinos entretenimientos.

Lo anterior no debe sorprendernos. Por desgracia, hasta ahora estamos faltos, para el caso novohispano, de un indiscreto diario del común acontecer citadino como el de Samuel Pepys sobre el Londres de la Restauración, o de una crónica cortesana venenosa como la del duque de Saint-Simon acerca del Versalles de Luis XIV. Rubial, sin embargo, ha sabido compensar su falta hallando en nuestros archivos y bibliotecas, o en los de España, lo que utilizando el término de Carlo Ginzburg podríamos llamar los "indicios" del complejo sistema de valores de una sociedad como la de la capital novohispana. Así, bajo la frustrante parquedad de los diarios de sucesos de Antonio de Robles y Gregorio de Guijo, detrás de la parafernalia verbal de la poesía de sor Juana, o de los desdeñosos comentarios del viajero Gemelli, ha sabido entrever, tras una superficial fachada de modales y pretensiones afectadas de nobleza, "el mundo de los afectos" que hacían latir la corte de los virreyes, de la que ha sido uno de los primeros y más sistemáticos conocedores.

Una labor como la anterior bastaría para convertir a un historiador en una autoridad en el conocimiento de las mentalidades, y no en balde Rubial ha coordinado el volumen dedicado a *La ciudad barroca* en la *Historia de la vida cotidiana en México*, recientemente aparecida bajo el sello conjunto de El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica. Esa publicación da fe de la existencia en nuestro medio de una corriente importante de estudios sobre lo cotidiano cuyos resultados, debidamente acreditados, han sido aprovechados por el autor en su propio trabajo. No obstante, Rubial sabe que más allá de nuestras aulas y cubículos hay en este país un importante público inte-

resado en la historia, cuya curiosidad por lo general es sólo satisfecha a medias por artículos, libros, novelas y hasta telenovelas escritos con pobre calidad literaria y poca o ninguna investigación. La conciencia acerca de este hecho, y su búsqueda personal de una forma de expresión distinta de aquellas a las que el burocratismo evaluador de la producción académica ha constreñido a los investigadores, lo ha hecho desde tiempo atrás explorar las posibilidades de la divulgación de la historia. Resultado de ello fue la edición en 1998 de un pequeño pero sustancioso volumen, titulado *La plaza, el palacio y el convento. La Ciudad de México en el siglo xvii*. Desde entonces, el archivo de ricos y atractivos materiales que sobre la temática de lo cotidiano posee su autor se incrementó al punto de alentarlo a reescribir, aumentar y corregir su propio texto, dando como resultado la obra que sirve de motivo a este comentario.

Monjas, cortesanos y plebeyos es, además de un excelente libro de historia dedicado al gran público, un logrado ejercicio literario. Antonio Rubial entiende, y en este sentido es también un maestro para todos nosotros, que la expresión eficaz de los resultados del proceso de conocimiento es parte importante, si no fundamental, del trabajo del historiador. La búsqueda de un lenguaje correcto, transparente y al mismo tiempo ameno, rasgo común de su obra como historiador, se halla presente, y aún llega más lejos, en este nuevo libro. Por fortuna, Rubial es un narrador dotado y de atractiva expresión, como lo muestran sus dos novelas publicadas, una de ellas ya en su segunda edición. Poniendo en juego estas capacidades, emplea los recursos de la imaginación histórica para restituir un mundo aparentemente muerto por la avaricia o la oscuridad de las fuentes. Sirva de ejemplo su viva descripción de las celebraciones públicas de la capital novohispana: la fiesta del Corpus Christi, con su gran procesión animada por música, tarascas y cabezudos; las conmemoraciones dolientes de la Semana Santa, marcadas por los impresionantes desfiles de imágenes y penitentes sangrantes; las mascaradas burlonas y las danzas de indios que con diversas ocasiones festivas inundaban el ámbito callejero. El autor no sólo rescata con talento el colorido, el ruido y las emociones de esos rituales; sabe explicarnos al mismo tiempo sus raíces, su significado profundo, los deseos y angustias a los que daban cauce, y lo mucho que nos sirven para comprender las reglas de aquel orden social jerárquico y profundamente desigual, por momentos tan frágil como para inflamarse en un inesperado estallido como el del tumulto de 1692, por momentos tan sólido como para durar casi trescientos años

Pero quizás donde más destaca el poder de evocación de Rubial es cuando a su diestro manejo del lenguaje se une otra cualidad suya, su sensibilidad hacia las imágenes y al valor que éstas tienen, no como mera ilustración del discurso historiográfico, sino como auténtico

documento para la historia de una cultura. Frente a la célebre vista de la plaza mayor de México, pintada hacia 1695 por Cristóbal de Villalpando, su capacidad de observación y el conocimiento de la época y sus costumbres le permite descubrir insospechados detalles, noticias y anécdotas en la representación de espacios, personas y edificios que hiciera el artista novohispano. Nos dice Rubial que al cuadro de Villalpando “sólo le faltan los olores y los ruidos, más contrastantes que el colorido y las formas”. Pero, ya no importa que Villalpando no haya podido dejarnos semejante testimonio, pues a continuación es el propio historiador quien evoca con maestría: “...las mezclas de aromas del mercado: los olores picantes de las especias y de los guisos, el almizcle de los perfumes, el vapor grasiento de las fritangas; y junto a ellas el tufo a carne podrida cerca de la horca, los miasmas de orines y excremento que la gente arroja a la calle sin recato o las emanaciones pútridas de perros y plantas que flotan en la acequia”. Y lo mismo se puede decir cuando ante el mismo cuadro nos permite escuchar regateos, piropos, conversaciones, insultos y bromas en náhuatl, castellano, angoleño y cualquier otra parla corriente en la vasta monarquía española, mientras de fondo se oye un pandemónium de ruidos de todas clases.

Concluyo esta reseña resaltando el acierto con el que el autor ha resuelto un gran problema: la forma de abrir y de rematar un libro como éste. Su recorrido se inicia del brazo, o mejor dicho, en la asombrada mirada que una adolescente llamada Juana Inés Ramírez dirige a la Ciudad de México a su llegada hacia 1664; y termina cuando esa misma mirada, que es ahora la de sor Juana Inés de la Cruz, religiosa del convento de San Jerónimo, y Décima Musa, se apaga para siempre en 1695, después de haber contribuido como pocos con su pluma a configurar el recuerdo y la imagen que tres siglos después tenemos de esa época. En mi opinión, los ojos de sor Juana son el recurso inteligente con que Antonio Rubial logra humanizar esta historia, y reconciliarnos, a pesar de todo, con una sociedad injusta y problemática, con una época dura y terrible. No obstante la distancia que, como dije al inicio, nos separa de esos hombres y mujeres, el autor tiende un puente entre el pasado y el presente, al descubrir que, igual que entonces, afrontamos los retos del medio ambiente, de la desigualdad, del caos urbano que por momentos aliena al individuo; y que también como entonces, y pese a todo ello, tratamos incesantemente de dar sentido a nuestra existencia. En la búsqueda de este vínculo descubro una preocupación humanista de Antonio Rubial García que es, en última instancia, una de las mejores razones para leer *Monjas, cortesanos y plebeyos*.